

Extorsión

Pedro M. Almagro



Capítulo 1

EXTORSIÓN

4 de Febrero de 2003. Aquella mañana, como de costumbre, empezó muy oscura, no sólo para Jerónimo sino también para todas aquellas personas que, como él, llevaban una vida demasiado rutinaria. Para empezar, el despertador. Le dio el tradicional susto matutino que desde hacía diecisiete años y medio venía sufriendo voluntariamente para poder empezar el día con mayor o menor suerte.

Jero, así es como le llamaban sus amigos y compañeros más allegados, no era una persona excesivamente corpulenta, era bien parecido aunque con unas bolsas bajo los ojos que, sin indagar mucho en su vida cotidiana, se podía observar que no descansaba bien y que, realmente, no disfrutaba de la vida como verdaderamente le gustaría poder hacerlo.

Cuando hubo realizado el habitual y rutinario procedimiento de aseo temprano y de forma instintiva, pasó a la cocina donde se preparó sus típicas tostadas con mermelada y su café con leche que, por cierto, siempre se tomaba frío, pues su mente se ausentaba con pensamientos de cambio y de experiencias nuevas. Era una persona, como se suele decir, con los pies en la tierra, aunque a veces se dejaba llevar un poco por la imaginación, cosa que no podía remediar y que por otro lado, disfrutaba, en cierta forma, con ello, ya que aunque solo fuera por unos instantes, minutos quizás, se olvidaba de todo el agobio y la desmotivación que su vida le causaba.

En media hora (esto era lo que le costaba llegar a su trabajo desde casa), cambiaba el chip de su cerebro y se sumergía de lleno en los problemáticos asuntos de su trabajo que realmente le absorbían la mayor parte del día, pues no regresaba a su casa hasta pasadas las 20 horas, si todo iba bien, lo cual no era lo habitual. Gracias a Dios, en su trabajo, gozaba de la amistad, o por lo menos compañerismo, de las personas con las que formaba grupo. Jero se dedicaba al mundo de la bolsa, era un bróker descubierto por una compañía dedicada a las complicadas gestiones de bolsa y en el que muchas empresas y particulares adinerados confiaban sus inversiones. Todos sus clientes tenían una buena opinión de él tanto en el tema laboral, suficientemente demostrado, como personal, por lo que habían podido observar en el tiempo que cada uno de ellos llevaba trabajando con él.

Los compañeros con los que trabajaba, también desarrollaban con éxito importantes operaciones de Bolsa, aunque no gozan de la seriedad de Jero y que precisamente eso era lo que sus clientes más apreciaban en él, su

seriedad.

-Buenos días - dijo al llegar al box que tenía asignado dentro de aquella oficina diáfana que ocupaba una extensión de 400 m², cuatro paredes y de infinidad de parabanes que formaban los distintos despachos que cada uno de los agentes de bolsa de aquella empresa tenía. La empresa se llamaba BROKINVERSION, SA. la cual facturaba 2.500 millones de las antiguas pesetas al año. Estaba fundada por un irlandés, Johanes Flint, el cual vino a España con una mano delante y otra detrás para empezar desde cero, puesto que era una persona con un potencial inversionista "sobresaliente"; como solían decir los que contaban su historia a los nuevos empleados o a los nuevos clientes que se acercaban a la empresa, bien para confiar sus inversiones o bien para curiosear. El señor Flint, así era como se referían a él, tenía un sexto sentido para las inversiones, tanto es así que a los primeros clientes que tuvo los dejó boquiabiertos por la rapidez y seguridad con que les dobló la cantidad del capital invertido, en poco más de treinta días consiguió succulentos réditos a sus primeros clientes. Al año de comenzar su actividad en España mandó construir el primer edificio de toda una cadena, con el nombre de BROKINVERSION, SA.

-Tienes una cara que da miedo Jero- Observó un compañero que tenía su box justo al lado de él.

-Sí, bueno, es que no duermo muy bien últimamente- se excusó.

-¿Qué tal van las acciones de METALSAN?- pregunta Jero para cambiar de tema.

-Pues creo que ha caído 5 puntos por debajo de lo esperado.- le dijo Santi.

Así era como se llamaba el compañero más próximo a su box, además de su amigo fuera del trabajo.

-¡Joder Santi! ¿Han caído 5 puntos o no?- le interrogó preocupado.

-Sí bueno, espera un momento que te lo confirmo- dijo Santi mientras rebuscaba entre los papeles que tenía amontonados en un archivador. -Sí, aquí está, han caído 4,5 puntos exactamente.

-Mierda. Tengo que ponerme en contacto con Juan enseguida.- dijo estas palabras y acto seguido cogió el teléfono y llamó a ese tal Juan.

-¿Juan? Oye vende cuanto puedas y lo antes posible las acciones de METALSAN.

-Porque han bajado mucho. No preguntes más y vende ya - le ordenó exaltado.

Juan era otro compañero que tenía siempre a su disposición, aunque este no estaba en la oficina sino en el centro de control que poseía la empresa en la sala de compra y venta de acciones de la Bolsa de Valencia, para consultas, compras o ventas que tuviera que realizar Jerónimo en este caso.

Últimamente no se sentía totalmente inspirado a la hora de realizar las operaciones para los clientes que tenía asignados. Había perdido parte de la confianza y seguridad que tenía en sí mismo y todo ello provocado por la misma causa. Estaba hasta las narices.

Su trabajo era un continuo tira y afloja con el dinero, que le provocaba unos quebraderos de cabeza bastante molestos y que en ocasiones, acababan en un estrés incontrolable, sobre todo para una persona que, como él, se lo toma todo siempre tan en serio. Cada vez que la empresa en la que invertía el capital de su cliente caía aunque solo fuera un punto, ya estaba preocupado y esto, en contrapartida, provocaba unas succulentas ganancias para Telefónica, pues cogía el teléfono y hacía decenas de llamadas. Gracias a Dios no ocurría muy a menudo. Era un buen inversor.

Cuando llegaba a su casa, sobre las 20,30 horas de la noche, ya no tenía ganas de nada. Llegaba destrozado. Vivía en la calle Ruzafa, en pleno centro de Valencia. No tenía novia por el mismo motivo, el trabajo, y sus padres y hermana vivían en Madrid. Jerónimo no es oriundo de Valencia. Vino a parar aquí a causa de un traslado forzado por parte de la empresa a los tres años de empezar, poco más o menos, aunque él aceptó sin ningún problema, pues le hacía ilusión venir a Valencia y cambiar de aires.

Normalmente su cena, después de haberse duchado y puesto el pijama, se componía básicamente de una base de pizza que la condimentaba el mismo, o compraba ya hecha, una lata de Coca-Cola o Fanta de naranja y algo de fruta. No es una persona delicada y verdaderamente tenía el estómago a prueba de balas. Con lo que sí disfrutaba es con el momento de llamar a sus padres por teléfono y poder oír sus voces aunque simplemente fuera a través de un hilo de cobre o fibra óptica. Le alegraba la idea de pensar que sus padres se acordasen de él y que de hecho se alegrasen de oírle.

Cuando acababa su serie favorita del día (cada día hacían una por su emisora de televisión preferida), recogía lo poco que podía haber manchado o desordenado y se iba a dormir como todo hijo de vecino cuando ya no le apetecía freírse más el cerebro con la basura que hacían por televisión. El mayor de los problemas que tenía Jero, era la monotonía

de su trabajo y el estrés que este le producía.

5 de Febrero de 2003. Una vez más el maldito despertador volvió a rugir de forma despiadada y sin compasión. Este sonido lo tenía metido en lo más profundo de su cerebro y cada vez que lo escuchaba, algo se estremecía en su interior, una vez más, le advertía, que si no le hacía caso, no llegaría a tiempo a su cita laboral diaria con sus acciones, clientes y demás compromisos.

Lavado de cara, limpieza bucal, limpieza nasal, afeitado habitual, en fin, las cosas que tanto le agradaban y con las que disfrutaba cada mañana.

- Algún día no sé qué va a pasar conmigo- decía en voz alta mirándose al espejo.

- Estoy harto.

Estas palabras las pronunciaba bastante a menudo, era una especie de autosugestión que aunque fuese totalmente consciente de que no le iban a llevar a ningún sitio, él sentía como si algo fuera a cambiar de un momento a otro, algo o alguien haría explotar aquel cúmulo de rutinas e insatisfacciones de una forma estruendosa y cambiaría para siempre su vida. Luego despertaba, se arreglaba la corbata frente al espejo de 1.45 x 75 cm, con marco dorado que tenía junto a la puerta principal, cogía su maletín forrado de piel de color negro y una vez más, se armaba de valor para enfrentarse a los problemas y vicisitudes que la vida nos plantea día a día.

-Perdone señor. ¿Podría Ud. Darme algo por favor?- Le suplicó lo que en un principio le pareció una anciana andrajosa y encorvada, mientras Jero esperaba a que la puerta automática del bajo donde guardaba el coche, se abriera.

-Lo siento señora no llevo nada suelto en estos momentos.- Respondió este sin mirar a la anciana.

-Seguro que si busca encuentra algo. Por favor señor.- Le volvió a sugerir la vieja con más nerviosismo y casi empujando. Jero viró unos 90° la cabeza y miró a la anciana sorprendido por la insistencia de esta. Luego, giró todo su cuerpo esos mismos 90° hacia la anciana de aspecto indigente y le dijo un tanto molesto: - mire señora, no le engaño, así que haga el favor de dejarme en paz. No estoy para gaitas.

-Seguro, capullo- arguyó la vieja con voz cambiada, como más ronca y desagradable.

-¿Cómo ha dicho?- interrogó Jero a la anciana.

-Cállate y sigue mirando hacia la puerta.- dijo la anciana olvidando por momentos que tenía chepa.

-Mire señora, o lo que sea, sinceramente creo que tiene muy mala suerte. No llevo ni un duro encima.- inquirió Jero sin querer ser un héroe o algo por el estilo.

Jero no salía de su asombro y llevaba la situación con cierto desinterés a causa del estado de ánimo del que ya abusaba hacía tiempo. La vieja no era tal, parecía un simple ladrón que se dispuso a robar al primer pringado que encontrara por la calle con la apariencia, aunque solo fuese apariencia, de llevar algo de dinero encima. Por lo menos esto es lo que Jero creyó, hasta que vio por debajo del poncho de color gris oscuro y lo suficientemente mugriento como para quemarlo, el cañón de una Luger, una pistola de nacionalidad alemana, la cual participó activamente en la Segunda Guerra Mundial durante el Holocausto Nazi y donde cogió la fama de ser una excelente arma con una precisión fascinante. Cualquiera que haya visto películas de alemanes, prácticamente todo el mundo, reconocería esta arma tan singular. Por otro lado, un pobre ladronzuelo del tres al cuarto no podría conseguir de cualquier forma un arma de estas características ya que, además de caras, son muy difíciles de encontrar, pues no se venden en la típica armería del barrio.

A cada segundo que pasaba, aquel personaje se ponía más nervioso y no dejaba de mirar con cierta desconfianza a un lado y a otro, como si alguien anduviera persiguiéndole. Esto último no sería muy extraño pues al fin y al cabo era un delincuente que además de estar armado, podría ser peligroso.

-¿Qué estás esperando aquí?- preguntó el miserable sin dejar de mirar a un lado y a otro muy nervioso.

-Quería sacar mi coche para ir a trabajar. Ya sabes. Haces algo y a cambio te dan dinero- explicó Jero sarcásticamente. Y continuó: -no mucho pero bueno. Todo el mundo lo hace. Hay que resignarse y tragar. - Ironizó.

-Vamos, entra en el garaje.

Aquel indeseable, empujó a Jerónimo hacia el interior del bajo y entraron los dos a riesgo de que la puerta les pillara, ya que se estaba cerrando. Había pasado el tiempo prefijado por los técnicos instaladores del sistema electrónico de la puerta del bajo, que suele ser de un minuto, desde que la puerta llega a su tope, en este caso superior, puesto que se abría

verticalmente.

-Abre.- dijo el delincuente.

-Cómo que abre ¿Dónde crees que vas? -empezó a intranquilizarse Jerónimo.

-Mira tío, ya te he dicho que no llevo nada encima.

-Que abras ¡JODER!- le dijo el delincuente muy nervioso y con el ceño fruncido.

-Escúchame- inquirió Jero -Tengo un par de tarjetas de crédito, podemos acercarnos a cualquier cajero y... bueno, aunque no hay mucho, te doy algo de pasta y te olvidas de mí.

-Me voy a cagar en la ostia - dijo el delincuente sacando completamente el arma y extendiendo el brazo por completo apuntando a Jero.- Como no abras el coche ya, te pego un tiro -dijo aparentemente convencido.

Se le notaba que tenía en tensión todo el cuerpo y la mirada clavada en los ojos de su presa. Las sienes mostraban la extensa realidad subcutánea, con un enmarañado de venas de color morado y rojizo, más gruesas y más delgadas, pero dejando fluir la sangre como tuberías sobresaturadas de caudal. La cabeza pareció hinchársele. La vena que marca el centro de nuestro cráneo, justo en el medio de la frente, que cuando se deja ver forma una V o Y, según se mire, apareció de forma repentina y exageradamente, mientras pronunciaba las cuatro últimas palabras.

Jero era una persona que por cuestiones personales y sociales, de vez en cuando, se abstraía y se tele transportaba a sí mismo, a un mundo aislado en el que se sentía a gusto y libre de toda carga, pero aparte de todo eso era un tipo normal y se dio cuenta que su agresor hablaba con la mayor seguridad y convencimiento del mundo.

Achantó la cabeza, abrió el coche, un Ford Escort TD con cierre centralizado y elevalunas eléctrico, pero sin mando a distancia ni alarma, y se sentó al volante. El otro se sentó al lado, sin dejar de apuntarle, ahora con la pistola bajo el mugriento poncho otra vez.

-Tengo que llegar a Zaragoza lo antes posible.- comentó el presunto delincuente un poco más tranquilo al ver que su víctima empezaba a cooperar.

-¿A Zaragoza? ¿Y qué insinúas, que te lleve yo?- preguntó Jero desconcertado. -Pero tío ¿Tú estás loco? Tengo que ir a trabajar- le

informó. El delincuente chasqueó la lengua contra el paladar para soltar, acto seguido, aire por la nariz, como si se tratara de un morlaco que se prepara para vestir, cerrando los ojos y ladeando la cabeza lentamente hacia su izquierda, clavando su mirada por fin, en los ojos de Jero.

-Mira... ¿Cómo te llamas? -preguntó.

-Jerónimo.

-Mira Jerónimo, necesito llegar lo antes posible a Zaragoza. Ya sé que es un fastidio pero te ha tocado a ti.- le informó y prosiguió; -tal y como yo lo veo no tienes más opciones, así que pon el coche en marcha de una puñetera vez y salgamos de aquí.

- Por cierto... me llamo Alva.- dijo con cierta reserva. Y se pusieron en marcha, rumbo a la capital aragonesa.

Todos entraban como siempre a las 8´30 horas de la mañana y eran ya las 9´25. Santi ya estaba manos a la obra, metido de lleno en los asuntos cotidianos que presentaba su trabajo: discutiendo con unos, disculpándose con otros, etc.

Santi era una persona más bien extrovertida, risueño y un poco pasota, pero aparte de todo esto era un compañero en el que se podía confiar. Por lo menos Jero lo hacía y hasta ahora no le había fallado nunca. Siempre iba con su "dos cuartos" color caqui, el cual sustituía a la chaqueta que debe enfundar la camisa beige que llevaba y la corbata de color azul con estampados en amarillo claro y negro, y un pantalón de vestir que realmente parecía que era dos tallas más grandes de lo normal.

-Dónde se habrá metido este hombre- pensaba Santi en voz alta.- Me estoy comiendo sus marrones. En ese momento sonaba el teléfono de la mesa de su compañero.

-Si, por favor, un momento y enseguida estoy con Ud. -informó a un cliente de Jero para poder concluir otra llamada que estaba despachando.

-Entonces Sr. Mora, hemos quedado en el 45% del total ¿No es así? - confirmó Santi- Muy bien, no se preocupe, en cuanto tenga noticias le llamo. Hasta luego Sr. Mora. Adiós -despidió al cliente y enseguida cogió al otro cliente que aguardaba al otro lado de la línea.

-Bueno, ya estoy con Ud. Dígame. ¿En qué puedo ayudarle?- Santi se empezaba a tranquilizar. -¿Dónde está el Sr. Jerónimo López?. Quisiera hablar con él. - sonó rotundamente al otro lado del hilo -Por favor ¿Con quién hablo?

-Soy el presidente de METALSAN. Domingo Amador.

Cuando Santi escuchó tal presentación no pudo contener los nervios y en cierta forma el susto. Como acto reflejo y como si le estuviera dando un ataque de asma, se llevó la mano izquierda a la boca, a la vez que cogía todo el aire que podía. Como pudo, se serenó, se relajó y volvió a dirigir la palabra al auricular.

-Sí, verá Sr. Amador... Ocorre que Jero, perdón, el Sr. Jerónimo López, no se encuentra en estos momentos en su despacho.- informó Santi con excesivo respeto. Casi rozando el miedo.- De todos modos no creo que vaya a tardar mucho. Si quiere que le dé algún recado, con mucho gusto yo... - El Sr. Amador le interrumpió y le dijo con cierto tono molesto: - Está bien, que me llame lo antes posible. Buenos días- inquirió y se despidió sin esperar disculpas o algo parecido por parte de su interlocutor.

Solo hizo que colgar el auricular y como si le hubieran puesto un misil en el culo, se dirigió disparado, gracias a un gran impulso que se dio con la mesa, a una cesta de oficina en donde se van apilando los papeles que se quieren tener siempre a mano. Esta se encontraba encima de su mesa, al otro lado del paraban. Llegó con tal impulso, que desplazó la mesa unos diez centímetros hacia atrás, aunque no prestó demasiada atención a la brusquedad de su acción, ya que ahora tenía que localizar, como fuese, a Jero. Vacío toda la cesta de documentos que, por cierto, estaba a rebosar, y por fin lo encontró en un trozo de papel. Era el número del teléfono móvil de Jero. Se lanzó de golpe contra la silla para sentarse y llamar por teléfono con la mayor rapidez posible. Casi se carga la silla, de hecho, oyó un ruido que le hizo ir un poco más despacio e incluso se inclinó para asegurarse que, por lo menos, de momento, estaba a salvo en aquella silla. Rápidamente volvió a lo que verdaderamente le preocupaba, localizar a Jero y averiguar qué diablos le ocurría, y de paso, terminarle de arreglar el día, contándole la llamada del Sr. Amador e informándole de su evidente tono molesto. Por fin, terminó de marcar el número del móvil, colocó el auricular pegado a la oreja y empezó a tranquilizarse mientras esperaba respuesta. Esta no llegó por lo que Santi dedujo que, o se había dejado el teléfono móvil en casa o se había quedado sin batería, lo cual no sería la primera vez.

No se sabe el cómo ni el porqué de ciertas situaciones que nos brinda la vida, que de no afrontarlas con valor y entereza, se nos viene todo a bajo. Hay quien nace con estrella y quien nace estrellado. Verdaderamente esto no es siempre así pues hay quien en algunas ocasiones o se deja estrellar de forma estrepitosa o le estrellan sin la posibilidad de discusión o arrepentimiento. El caso en el que Jero se vio envuelto fue, ni más ni menos, que un estrellato súbito y por narices. Y es que realmente se cumplen aquellas cosas que sin darnos cuenta pedimos a Dios o a quien sea, tan efusiva y repetidamente, que al final acabamos consiguiendo tal

cosa, o por lo menos, algo parecido pero continuamente encaminado a aquello que nosotros siempre, todos los días frente al espejo, pedimos y deseamos con tantas fuerzas. En el caso de Jero, el deseo de acabar con la rutina y vivir nuevas experiencias estaba servido, pues se le presentaba un panorama, que a decir verdad, no era a lo que el precisamente se refería cuando mascullaba en voz baja día tras día frente al espejo del cuarto de baño de su casa.

Después de haber atravesado Fernando el Católico, Guillen de Castro y habiendo cruzado Tirso de Molina para llegar a Pío XII, cogieron la pista de Ademuz para luego enlazar con la carretera N-234 que les llevaría hasta Zaragoza pasando primero por Teruel. Iban los dos en el coche callados, por supuesto, nerviosos; sobre todo Jero, pero en definitiva estaban decididos cada uno de ellos a llevar la situación lo más razonablemente posible. El delincuente, Alva, encerraba en sí bastantes incógnitas que no se vencían a la deducción, pues no pegaba el aspecto que tenía y su forma de desenvolverse en situaciones de tensión. La forma que tenía de hablar sin ir más lejos, delataba en él una cierta cultura, ya que su vocabulario era compacto, completo; no como los típicos ladrones que se dejan las palabras a medias o las acaban de forma incorrecta cuando su vocalización deja mucho que desear. Además, su dicción era perfecta, en ningún momento se le trabó la lengua o dejó que los nervios le jugaran malas pasadas verbales. Probablemente, en alguna ocasión hemos visto por televisión o presenciado por parte de algún amigo, familiar, etc., alguna situación en la que, ya no la vida, pero sí por ejemplo el trabajo, corre peligro al tomar una decisión u otra y nosotros mismos, desde nuestro ser, nos hemos dicho: <<Yo esto lo haría así o lo haría así>>. Pero verdaderamente es muy difícil decirlo con tanta firmeza, desde el mismo lugar del que lo sufre. Es muy distinto y mucho más difícil acertar a la hora de tomar la decisión correcta cuando se está sometido a una gran intensidad de influjos nerviosos y de tensiones desesperantes. Es la situación de Jero. Este no sabía, de momento, como iba a reaccionar Alva en el caso de que intentara algo raro para conseguir deshacerse, de la mejor forma, de su captor. En definitiva, decidió seguirle la corriente, pues no quería arriesgarse a nada y en verdad, tampoco es que tuviera muchas posibilidades frente al arma que, inexpugnablemente, le vigilaba y no dejaba de apuntarle, apostada bajo el harapiento poncho que llevaba puesto aquel mal nacido.

El coche debía ser bastante cómodo, pues ninguno de los dos soltaba prenda, ni movimiento alguno, salvo el estrictamente necesario, en el caso de Jero, para poder llevar correctamente el coche. El habitáculo se les quedaba grande, por lo menos en un principio, pues los dos miraban de cuando en cuando a ambos lados y nunca se encontraban. Realmente el coche (y cualquiera que haya montado en un Ford Escort me dará la razón), era bastante cómodo y no solo eso, sino que la estancia en él se hacía agradable. La tapicería era una especie de imitación de terciopelo que llevan todos los coches de una gama media y que no suelen

sobrepasar los dos millones y medio. También era ancho, lo cual permitió al intruso adoptar una posición menos nerviosa, quizás menos de lo que hubiera sido lo normal en una situación de este tipo, puesto que, prácticamente, estaba cometiendo un secuestro en toda regla. En definitiva el coche no podía ser mejor para el papel que les haría a los dos.

En el exterior la temperatura era más bien baja, unos 6°C sobre cero la cual provocaría, cuando menos, algún escalofrío que otro. Sin embargo Alva, el secuestrador, no mostraba ningún síntoma de frío, al contrario. Bajo el harapiento poncho no llevaba más que un polo color pistacho, aunque tampoco se podría asegurar esto, ya que la suciedad de la que estaba provista toda la ropa que llevaba era para no pensar en otro color que el del carbón o el caqui oscuro.

Sólo la ventanilla del copiloto estaba bajada, a pesar de la temperatura, con el brazo de Alva saliendo a través y dejándolo caer de forma que casi tenía cortada la circulación de la sangre al antebrazo, pues el anverso del codo estaba presionado contra el borde inferior de la ventana.

Jero, como siempre, se había enfundado en uno de sus tres trajes habituales de trabajo, cuya materia prima no era precisamente de abrigo, él era más bien caluroso, de hecho, siempre se quejaba en la oficina de que la temperatura allí era demasiado alta. La camisa era una camisa normal, comprada en C&A a 9 euros y que aunque no estaba nada mal, no era nada de otro mundo y por lo tanto tampoco abrigaba demasiado, que en realidad era ese el objetivo que Jero perseguía. Bajo la camisa, tampoco llevaba ninguna camiseta ni nada. Lo único que si le prestaba un poco de abrigo, era la corbata de RENÉ CHAGAL, lo cual tampoco es que le hiciera mucha gracia, en fin, no le gustaba demasiado llevar traje. Cuando montó en el coche a la fuerza y con el nerviosismo provocado por la situación, se sentó en el asiento del piloto con chaqueta y todo, cosa que no acostumbraba a hacer, ya que le daba rabia que se le arrugara la chaqueta antes de comenzar la jornada de trabajo.

Incluso teniendo unas inclinaciones u otras en lo político, en lo físico, en lo religioso, etc., siempre llega un momento en el que esas inclinaciones alcanzan su límite y tenemos que movernos al lado contrario para mantener lo más fielmente posible esas inclinaciones o aspectos de cada persona. Jero estaba al borde de su resistencia al frío, ya que no es lo mismo ir vestido con ropas más o menos ligeras en un trayecto de unos diez o quince kilómetros, que era la distancia relativa que había desde su casa hasta el trabajo, y además en coche, con todas las ventanas subidas y la calefacción en un punto agradable para el cuerpo humano, que ir en ese mismo coche pero entrando el aire de la mañana, frío y húmedo, a raudales.

-Oye ¿Te importaría cerrar la ventana?- rogó con respeto - Me estoy helando.

Su interlocutor ni tan siquiera se inmutó, continuó con su mirada fija al frente, la cabeza apoyada sobre el reposa cabezas y su mano derecha colgada por la ventanilla.

-¡Eh! Oye. Tío.- Volvió a repetir en voz más alta y dirigiendo su mano hacia su hombro para ayudarse a ser escuchado.

Cuando la mano de Jero consiguió alcanzar el hombro de su pasajero, fue simplemente el rozarle con la yema de los dedos anular y corazón de su mano derecha, pues fueron los primeros en tomar contacto, cuando este dio un salto en su asiento metiendo la mano derecha al interior del coche con la velocidad de una exhalación, dándole un manotazo al poncho, como si fuera instintivo, y dejando al descubierto el arma que llevaba escondida.

Apuntándole, le clavó la mirada fijamente, casi de loco, y todo ello hizo que Jero, a causa del susto, diera un volantazo involuntario a la vez que se ladeó bruscamente hacia su puerta, sin llegar a emitir palabra alguna. El secuestrado no pudo por más que dirigir el coche hacia el arcén. Una vez allí, detendría el coche. Admitía y confesaba que no podía conducir en ese estado, ya que el susto que se llevó le dio un vuelco al corazón y le temblaba todo el cuerpo. No sólo fue la reacción repentina y con tal brusquedad lo que le dio ese susto sino que, además, sacara y apuntara hacia él aquella arma al que no le había quitado la vista de encima y que en todo momento le había mantenido un estado de nervios incesante. Era como cuando uno va por primera vez al dentista y no conoce más que lo que ha oído por ahí a los amigos, familiares, etc. Esos nervios no se van hasta que el dentista te ha hecho la faena con más o menos daño y sales de la consulta con más o menos dientes, ya que si vas al dentista, con algún diente de menos seguro que sales.

El Ford Escort que llevaba Jero, estaba provisto del sistema antibloqueo de frenos, gracias al cual, cuando el coche frenaba de forma brusca, la distancia de frenado es notablemente más corta al no dejar que las ruedas se bloqueen, por lo tanto su detención es bastante más rápida. Al entrar en el arcén, el coche frenó en seco. El ABS entró en funcionamiento y gracias a ello el coche no derrapó sobre el arcén cubierto de gravilla. Una vez el coche hubo parado, sin mediar palabra, se quedaron los dos mirándose fijamente con una expresión en la cara mezcla entre susto, congoja y enojo por ambas partes.

Con una tranquilidad que más bien parecía fingida, y con cierto tembleque en la mano que sujetaba la pistola, debido a todo lo que había ocurrido en apenas diez segundos, Alva le preguntó a Jero, de nuevo mirándolo

fijamente y sin parpadear:

-¿Se puede saber que intentas?

-No intento nada. Y por favor aparta ese aparato de una vez. -dijo Jero sin quitarle ojo al arma. Alva, comprobando el comentario hecho por su víctima, miró hacia su mano y como si no se hubiera dado cuenta de ello miró la pistola de una forma un poco extraña, como quien mira algo que lleva en las manos y no sabe cómo ni cuándo llegó eso allí. Aun así, no dejó de apuntarle. Resultaba bastante evidente que había que dejar bien claro quién era el que mandaba allí y dando muestras de debilidad, por supuesto que no lo iba a conseguir.

-¿Y por qué simplemente no me has llamado? Con eso basta. No soy sordo -sugirió Alva.

-Lo he hecho, pero no mostrabas el menor interés. -informó Jero.

Enseguida Alva intentó recordar en qué demonios estaría pensando en esos momentos. No lo recordaba. Como fiándose ya un poco más de su presa, Alva retiró su mirada de esta, dirigiéndola hacia el frente, dando la impresión de sufrir ataques de melancolía, pero sin cambiar su postura en el asiento del copiloto. Estaba sentado prácticamente, sobre su muslo izquierdo con la pierna flexionada y el anverso de su rodilla derecha sobre su tobillo izquierdo y haciendo presión con su pie derecho sobre el suelo del coche, para mantener esa posición y no perder estabilidad, pues llevaba un arma en la mano y como dicen por ahí -las armas las carga el diablo-. Basta con que no quieras que una cosa suceda, para que existan más motivos todavía y que ocurra.

Cuando pareció cansarse de estar mirando hacia adelante intentando recordar yo que sé qué, se volvió a sentar en su asiento como Dios manda, relajando además la mano que sujetaba el arma, cosa que también tranquilizó a Jero. Se quitó un peso de encima. Como si uno se pone a correr cargado con una mochila de cincuenta kilos durante cuatro o cinco kilómetros, que demonios, incluso cuarenta o cincuenta metros. Al final de este recorrido descargas, sueltas la mochila como quien se deshace de un gato con mala leche y entonces te sientes volar. Tu cuerpo pesa menos de la mitad de lo que pesaba antes de colgarte la mochila. Así es como Jero se sintió cuando dejó de verse amenazado por la mortal pieza de museo que llevaba su captor.

-Lo único que quería pedirte era que subieras un poco la ventanilla. Me estoy helando.- explicó Jero. Sin soltar prenda y sin pensárselo dos veces, Alva presionó la parte del botón del elevavinas eléctrico que hacía subir la ventanilla y esta fue ascendiendo de forma rápida y progresiva hasta llegar a la parte superior del marco de la ventana. Acto seguido, ordenó

que se reanudara la marcha.

-Venga, vámonos. Jero no dijo nada más. Miró por su retrovisor y cuando creyó conveniente, se incorporó al carril derecho de la autovía desde el arcén y continuaron su trayecto, todavía desconocido al menos para Jero.

Una vez llegaron al final del tramo de autovía, a la altura de Segorbe, con dirección a Teruel, la marcha se hacía más lenta ya que empezaba la carretera nacional con un carril para cada sentido y esto ralentizaría bastante el viaje. Para Alva, el poder ir a Zaragoza sin tener que entrar en una autopista le tranquilizó bastante, ya que era como meterse en la boca del lobo. Si quieres salir tienes que fichar. Quería tener el camino libre y poder salir de estampida en cualquier momento si era necesario. Atravesaron Jérica, pasaron por Viver y Altura. Llegaron hasta Sarrión, donde decidieron parar un rato para estirar las piernas, siempre sin bajar la guardia y sin olvidar lo que realmente era aquello. Un secuestro. El trato que recibía Jero por parte de su captor no era, a decir verdad, el de un secuestrador común, pues parecía que tenía muchas cosas en las que pensar, sin ser el secuestro de Jero, algo a lo que le diera mucha importancia, como cuando un niño se pone a jugar con sus amigos, entonces llega su tío y empieza a hacerle carantoñas e incluso le tienta con algunas monedas. Este no parece darle mucha importancia ya que se encuentra enfrascado en los juegos que mantiene con sus amigos y por lo tanto, o le da largas a su tío o le contesta a todo que si para deshacerse de él lo antes posible.

Al llegar a Sarrión y atravesar todo lo que son las casas que hay al principio, dejaron a su izquierda la carretera y entraron en una estación de servicio junto a la cual había, como suele ser habitual, un pequeño bar al que además llamaban restaurante por adornar un poco más la imagen de la empresa, aunque ahí se queda todo. La cuestión es que de esta forma dejarían la nacional de lado un rato. Alva "pidió" a Jero que parara el coche en una zona amplia, junto a la gasolinera y con el morro del coche señalando hacia la carretera por si las moscas y este así lo hizo.

-¿Tienes sed?- interrogó Alva.

-A decir verdad... si- respondió Jero.

-Ve a aquella máquina de la gasolinera y saca un par de latas. De lo que sea. Me da igual.

-Yo no llevo nada suelto -Argumentó Jero dándose palmadas con las manos en ambos lados del pantalón.

-¿No llevas ni un duro? -preguntó Alva entre sorprendido y decepcionado.

-Bueno... Llevo un billete de cincuenta euros.- dijo Jero con timidez, mirando a un lado mientras sacaba la cartera del bolsillo izquierdo de su chaqueta.

-Joder tío. Pues cámbialo. Yo no te voy a robar.- Informó Alva y añadió pensando en voz alta: - Como si no tuviera cosas más importantes en las que pensar.- Esto último no lo oyó Jero, ya que se puso de camino hacia la máquina expendedora de bebidas. Y antes de que estuviera demasiado alejado del coche, tanto como para tener que levantar excesivamente la voz, le advirtió Alva: -Te estoy vigilando. Hazte un favor y no hagas tonterías. ¿Vale?

Al oír esto, Jero se giró mientras continuaba la marcha y le dirigió una mirada como queriendo decir: "¿Crees que soy idiota?". Llegó a la máquina, sacó un par de coca-colas y enseguida regresó al coche. Tal y como le había ordenado su captor.

Cuando ya casi hubieron acabado sus respectivas latas de Coca-Cola, Jero no se pudo contener por aquello de la curiosidad y el gato que todos y cada uno de nosotros llevamos dentro. Armándose de cierto valor, pues no sabía cómo iba a reaccionar su secuestrador, le hizo algunas preguntas para ver si, de una vez por todas, sacaba algo en claro de todo lo que estaba sucediendo. Al fin y al cabo tenía derecho a ello.

-Oye. Cuando me secuestraste en mi garaje me dijiste que te llamabas Alva. ¿Por qué?- y volvió a interrogar - O es un nombre falso.

-No. No es un nombre falso y aunque no lo parezca no soy ningún delincuente- comentó Alva con la cabeza gacha. -Tengo algunos problemas que resolver. Eso es todo... Y no puedo hacerlo yo solo.

-Hombre, esto lo podíamos haber discutido de otra forma- trapicheó Jero para ganarse de alguna manera la confianza de su captor.

-De qué forma. ¿Pidiéndote por favor que me llevaras a Zaragoza?- dijo Alva sacando su lado sarcástico. -Venga, hombre, no digas tonterías.

Aparentemente era el momento ideal para hacer la pregunta del millón y destapar toda esa maraña que se cernía ya sobre aquel asunto y que empezaba a oler mal. El pánico y los nervios que Jero sufría en un principio, ya no eran tales (para sorpresa de este), era como si confiara un poco más en Alva, como si se le hubieran desvanecido todas las dudas de que al menor error perdería como mínimo la vida. Ahora estaba seguro de que Alva no le haría ningún daño. Todavía no sabía que era lo que se encerraba en su cabeza pero pronto se enteraría, seguro.

No se lo pensó más e hizo la pregunta que estaba deseando hacer desde

que comenzara aquella odisea.

-Entonces que ¿puedo saber lo que sucede o no?- arriesgó Jero sin demostrar miedo pero con gran dosis de respeto.

Alva se quedó como quien, en un momento dado, se arroja a pensar en aquellos buenos momentos con la familia, los amigos, etc., que tuvieron lugar hace tiempo y que le gustaría volver a revivir (no sabía porque, pero en lo que llevaba de viaje, le ocurría con frecuencia), con la vista perdida mirando a su lado derecho pero sin ver nada, simplemente pensando. En cualquiera de esos momentos, Jero pudo haber aprovechado para sacudirle un buen viaje en la mano que sujetaba el arma e intentar huir, pero, sin saber por qué, se quedaba ahí, mirándole e intentando descifrar sus pensamientos. Meterse en su mente y averiguar qué era lo que le ocurría a este hombre. Que pudo haber sido lo que le incitó u obligó, quien sabe, a lanzarse en aquella aventura que solo Dios sabía cómo acabaría.

Con gran estruendo y en un volumen desmesurado, como en todos los grandes hipermercados, se oyó por los altavoces, en primer lugar, un estruendoso y agudo pitido (en términos electrónicos se denomina EFECTO LARSEN que es cuando un micrófono recoge el ruido que producen los altavoces y este entra otra vez en el amplificador, atraviesa todos los circuitos de proceso de sonido y luego vuelve a salir pero más amplificado, con lo cual sino se disminuye la sensibilidad del micrófono o se baja el volumen de los altavoces, se puede llegar a producir un sonido excesivamente agudo y muy molesto. Realmente molesto). Tras ese descomunal pitido, el típico mensaje de la cajera o la chica de la sección de información que ruega, suplica, pide, etc. que se aparte algún coche de algún lugar conflictivo o que alguien ha perdido un niño.

En ese momento Alva recuperó el conocimiento. Salió de su estado de trance y miró a Jero que también se llevó su parte de susto, pues estaba concentrado en el comportamiento de su acompañante. Ya no sentía aquella sensación de secuestro o por lo menos no tan fuerte como al principio. Sentía como si en cualquier momento pudiera decir -bueno tío ya me he cansado, no juego más, hasta la vista. Buen secuestro.- Evidentemente no se le ocurriría tentar a la suerte hasta tal extremo. No de momento.

-Venga, ¿Has acabado ya?- preguntó Alva a la vez que le daba el último trago a su lata, la levantaba con su mano derecha a la altura de la cabeza y como buen jugador de baloncesto, intenta encestarla en una papelera de medio metro de diámetro, más o menos, que estaba a unos cinco metros y... CANASTA. Alva miró a Jero como de soslayo y le brindó una sonrisa, como la que le echa un niño a otro cuando ha realizado alguna proeza, queriendo decir: "Jo, si es que soy la leche". Acto seguido se

metió en el coche. Jero también hizo lo propio y prosiguieron el viaje casi sin imperativos y dando la sensación de que era por voluntad propia. Pero no había que dejarse engañar.

Augusto y Carmen Blázquez eran dos personas ya maduras, entradas en años pero con mucha fuerza. Tenían una salud de hierro, gracias a Dios, y un ánimo de vida bastante aceptable. No eran como esos ancianos típicos (que hay muchos) que cuando no están deseando morirse están con la idea en la cabeza de que no sirven para nada y que por lo tanto de nada sirve ir a dar una vuelta todos los días para no perder agilidad, por lo menos en las piernas, y hacer trabajar un poco el cuerpo. O ponerse a escribir sus memorias, una aventura de vaqueros, que sé yo, cualquier cosa antes de sentirse como un papel mojado, que ya no sirve para nada sino para dar trabajo a la familia. Caso excepcional el de las personas enfermas y que no pueden tan siquiera pensar por sí mismas o que si lo hacen, no lo hacen de la forma correcta; deliran, ven cosas que no existen, hablan con personas creadas dentro de su imaginación, etc. El mal de ALZHAIMER, por ejemplo.

Este agradable matrimonio era distinto. Tenían muchas ganas de vivir aunque hacían una vida muy normal, eso sí, se levantaban a la hora que querían. Dicen que la base de una buena conservación es dormir unas doce horas al día. Que mal nos conservamos los que empezamos a trabajar por la mañana. En fin, esta feliz pareja compuesta por Augusto y Carmen duraba ya casi el medio siglo, pues podían presumir, hoy día se puede presumir de ello ya que no es muy normal, de que llevan casados cuarenta y nueve felices primaveras.

Augusto contaba con setenta y seis discursos nocturnos del rey. Era un hombre alto, o al menos lo fue, ahora estaba un poco encorvado. Medía un metro y setenta y nueve centímetros. Su pelo aunque abundante para su edad, estaba descolorido, tenía una tonalidad bastante blanca pero no era albino, pues su piel se teñía morena en cuanto se ponía al sol. Tenía unas cejas prominentes y unos rasgos faciales muy marcados. Calzaba un cuarenta y cinco y tenía unas manos que impresionaban cuando las extendía e infundían respeto cuando amenazaban guantazo. De esto estaba orgulloso y lo demostraba cuando alguien, con mejor o peor intención, hacía algún comentario sobre sus queridas manos ya que su respuesta era: -¿Tú no sabes, y está demostrado, que el tamaño de tus manos reflejan el de tu pene?-. Había incluso algunos que se ofendían por el comentario. Qué demonios, si no quieres pelear no busques pelea. Este hombre tenía un gran tesón y una capacidad de reacción mental extraordinaria.

Su querida esposa, Carmen, tampoco había que dejarla atrás. Debió de ser una mujer muy hermosa en sus buenos tiempos, de hecho, lo seguía siendo ahora, con sus setenta y cuatro años a la espalda. La arruga es bella. Este dicho se confirmaba en el rostro de esta mujer. También tenía

el pelo blanquecino, tez rosada y algunos de los rasgos de su cara eran un tanto artificiales, no en el más estricto sentido de la palabra, pero si ayudada por unas pinzas de esteticien, por ejemplo, para moldear sus cejas que, aunque no eran de esas boscosas, siempre había que ayudarlas para que tuvieran la forma adecuada. Esto lo hacían todas, más jóvenes o más viejas, da igual. Era ley de vida, como el afeitarse todas las mañanas sino te dejas barba. Era una señora un tanto presumida (tenía motivos para ello), pero nada fuera de lo normal. Era como si supiera hasta donde podía llegar con sus presunciones, sin pecar, en ningún momento, de pedante. Tampoco era una mujer pequeña, al contrario, para su época gozaba de una estatura más que aceptable. En su época de esplendor femenino medía un metro y setenta centímetros, ahora algo menos, por supuesto. Toda ella era piernas, estas dotadas de unos tobillos que hacían perder el sentido a muchos hombres. Siempre iba bien arreglada pero sin disimular nunca su edad y eludiendo ciertas costumbres que ya no iban con su tiempo.

Hacían una buena pareja. De este maravilloso matrimonio brotaron dos retoños. La pareja que muchos matrimonios buscan y que algunos nunca consiguen, o todo niños o todo niñas. Augusto y Carmen tuvieron una niña preciosa y un niño grande y hermoso. A la niña la llamaron Alicia y al niño Jerónimo.

Exactamente, eran los padres de Jero y todavía no se habían enterado de lo que sucedía. No sabían que era de Jero, después de todo se enterarían esta noche o como mínimo empezaría a sospechar entonces, cuando no recibieran la habitual llamada nocturna por parte del hijo para comprobar que sus padres estaban perfectamente. Eran las doce horas del mediodía. Aunque no hubiera nubes que bloquearan los rayos del sol, hacía un poco de frío. Era invierno y en Madrid los inviernos pueden resultar verdaderamente gélidos, si no tienes el adecuado equipo calefactor o ropa de abrigo adecuada. Aun así, Augusto y Carmen habían salido al parque para estirar un poco las piernas y que les diera el aire. Entretanto hablaban de sus cosas y, como ocurre con todos los padres, sus cosas son sus hijos y los problemas cotidianos y como de estos últimos no tenían muchos, su tema de conversación eran sus hijos. Hablaban sobre todo de Jero ya que era el que estaba siempre fuera de casa y de la ciudad, a unos 350 Km de allí. De todas formas y aunque su otra hija vivía con su amigo (así era como lo llamaba ella), en un piso alquilado, también estaban orgullosos de ella pues había conseguido, sin ayuda de nadie, acabar la carrera de filología inglesa y por si eso fuese poco, ejercía su profesión. Trabajaba en una Oficina de traductores y se dedicaba a acompañar a sus jefes en conferencias internacionales como intérprete, pues estos, cuando se supone que un jefe debe de saber más que el empleado, no sabían mucho de inglés, a decir verdad, no sabían demasiado de ningún idioma, se habían dedicado hacía cosa de tres años y pico, a contratar unos cuantos estudiantes de varios idiomas y a ofrecer sus servicios a las empresas y particulares que los solicitaran. En realidad

para montar un negocio hoy día no necesitas tener conocimientos de nada, excepto don de gentes para ganarte a los clientes y talento para seleccionar con acierto a los que van a trabajar para ti. El verdadero problema puede estar en conseguir el primer préstamo necesario para adquirir el inmovilizado del negocio y contratar a los primeros pringados que estén dispuestos a cobrar cuatro duros por veinticuatro horas y media al día, y que luego, ellos mismos se despedirán acabando hasta las narices, más quemados que la moto de un hipie. Entrarían nuevos estudiantes recién licenciados, frescos, con ganas de comerse el mundo y con un sueldo más decente que el de los primeros, ya que el peor bache, el comienzo, ya estaba superado. Alicia era una de estas que entraron sustituyendo una vacante al cumplir un año desde la inauguración, cuya justificación, por parte del jefe, fue negligencia y falta de interés para con los clientes. Sin embargo, cuando ya contaba con seis meses de antigüedad en la empresa, como pasa con todas las cosas en este mundo, tarde o temprano te enteras de todo, un compañero le contó que a la persona a la que sustituyó no la tiraron por negligencia ni tonterías de estas -Era un tío cojonudo- le dijo un compañero. -Y muy trabajador. Continuaba halagando al negligente, balanceando la cabeza como diciendo que sí y arqueando las cejas.

-Y entonces ¿por qué lo tiraron?- interrogó Alicia con interés.

-No lo tiraron. Se fue él. Estaba hasta las narices.

-¿Y eso?

-Pues verás...- empezó a contar su compañero y enseguida esta lo interrumpió y le dijo:- Espera. Creo que no quiero saberlo.

-A decir verdad, no me importa. Yo estoy aquí gracias a que él se fue- recordó Alicia.

Realmente es lamentable pero así es. "Si tú te vas no tengas la menor duda de que yo te voy a sustituir". El trabajo es necesario para poder llevar una vida normalucha y si no te espabilas no te comes ni un rosco. La gran desgracia de nuestros días. En resumidas cuentas y fuera como fuese, Alicia tenía su trabajo, su sueldo con sus tres pagas extraordinarias al año y encima, todo esto, por hacer algo para lo que ella se había preparado durante tres años y otro de regalo para realizar una tesis o proyecto final. No era moco de pavo. Había tenido mucha suerte y lo sabía.

Augusto y Carmen estaban muy orgullosos de los dos, aunque uno de ellos le diera por renunciar a su ciudad natal, por trabajo o por lo que fuese.

Tras su paseo por el parque y la avenida de ida y vuelta a casa, decidieron, una vez se hubieron puesto cómodos y asegurado la puerta de casa, ponerse a preparar la comida, cosa que hacían entre los dos. A él le encantaba enredar en la cocina, casi se podría decir que más que a ella. Siempre era el primero en ponerse manos a la obra. Carmen estaba siempre tan contenta por estar con él... y viceversa.

Eran ya las doce del mediodía y llevaban unos cien kilómetros recorridos desde que salieran de la estación de servicio de Sarrión con dirección a Zaragoza, y aunque en un futuro los coches funcionen impulsados por el viento, por fuerzas electromagnéticas, rayos cósmicos o lo que sea, de momento estas máquinas, así como nosotros, también necesitan repostar para poder seguir dando lo mejor de sí mismas. Jero no era una persona tacaña pero hay que decir que el depósito de combustible de su coche no era algo que le preocupara demasiado, mientras la lucecita de reserva no se encendiera, el coche seguiría tirando. De hecho, ya se quedó dos veces tirado por no vigilar el nivel de carburante. Una vez en un viaje de regreso de Madrid. Venía de ver a sus padres por Semana Santa. A falta de pocos kilómetros para llegar a Honrubia, concretamente cinco, el coche le sorprendió y tras pegar algunos tumbos bastante bruscos y seguidos, este se paró y si hubiera podido hablar, seguro que habría dicho algo como:- o me das de beber o te va a llevar tu tía-. Tuvo que andarse los cinco kilómetros hasta el pueblo de la mala ostia (por las multas impuestas por los guardias civiles que merodeaban aquellas tierras en la busca furtiva de humildes pardillos al volante a los que les iban a sacar todo lo que fuese posible por cualquier tontería o descuido cometido. Dios que pesadilla. Era un pueblo de recaudación fácil antes de que la autovía fuese terminada). Una vez allí se acercó a un pequeño economato para poder conseguir un par de litros de aceite de oliva (buena solución cuando nos quedamos tirados sin combustible y no hay posibilidad de conseguirlo en pocos kilómetros), los necesarios para poder llevar el coche hasta la gasolinera más próxima y atragantarlo a combustible. La vuelta a su coche con dos botellas de litro llenas de aceite, los justos para salir del apuro, fue menos agotadora ya que en el economato coincidió con un camionero que iba en dirección a Madrid y al oír la explicación que Jero daba al dependiente, no pudo por menos que ofrecerse para llevarlo hasta donde había dejado su vehículo. Aquello fue un golpe de suerte dentro de una pequeña catástrofe.

-Rediez. Nunca aprenderé a darle importancia a las cosas que realmente la tienen- Se reprendió Jero a sí mismo.

-¿Qué ocurre?- dijo Alva con semblante serio.

-Joder. El indicador de la reserva. Se ve que lleva un rato encendido, porque no parpadea ni en las curvas- explicó.

-En cuanto veas una gasolinera te desvías y repostamos. No pasa nada.

-Espero que no nos deje tirados. No sería la primera vez.

-No es por nada pero eso sería bueno para ti- dijo Alva mirándole a la cara -ya no me serías útil. Podrías irte.

-Mira, lo que más me revienta de todo esto es el no saber qué es lo que te propones y por qué esa prisa por llegar a Zaragoza- se lanzó por fin - Estamos a casi trescientos kilómetros de Valencia. Lo mismo me da ir a Valencia o a Berlín- dijo y continuó su sermón sin dejarse interrumpir por nada. - Si quieres que te diga la verdad, de ladrón no tienes aspecto y de asesino ni te cuento. Creo que eres una persona que tiene un problema de tres pares de narices. No quieres compartirlo y eso te puede poner las cosas muy difíciles. Además, ¿aciertó si digo que no llevas un chavo?- terminó preguntando.

-Pero tú quien te has creído que eres ¿Sigmund Freud?- En ese momento pasó un ángel (bonita expresión para denominar al silencio súbito que se produce tras una conversación). Durante unos segundos no se oyó más que las respiraciones de ambos, sentados cada uno en su asiento.

Alva seguía con el arma empuñada por su mano derecha y acariciándola con la izquierda, como cuando coges algo que no se ve muy a menudo y no quieres perderte ni uno solo de sus detalles. Miraba fijamente lo que hacía con el arma entre sus manos y daba la sensación, una vez más, que se había quedado traspuesto.

Entretanto, Jero divisó una gasolinera a unos cien metros, indicada previamente por una señal informativa. Salió de la N234 para entrar en la estación de servicio antes de llegar a Calamocha, pero no se colocó frente a ningún surtidor. Llevó el coche a un lugar que no molestaba y paró el motor.

-Tienes razón. Tengo un problema. Y no soy un ladrón ni un asesino ni nada por el estilo.- Empezó a desahogarse.

-Cuéntamelo. Te parecerá sorprendente pero estoy dispuesto a ayudarte. Si está en mi mano, claro.

Si esta situación hubiese sido declarada oficialmente como secuestro, después del tiempo que hay fijado para ello (veinticuatro horas desde que empieza a parecer raro, en este caso cuando sea la hora de llamar a sus padres, por la noche), y cualquier agente de la autoridad, del cuerpo que fuese, Policía Nacional, Guardia Civil, Municipales incluso, estuviera escuchando esta conversación, sin duda, habría dictaminado en favor de Jero, que sufría el denominado SINDROME DE STOKOLMO. Este síndrome se da cuando en un secuestro, del tipo se sea, el secuestrado siente cierta

atracción por su secuestrador o por la causa que defiende. En ocasiones no es tal síndrome el que se manifiesta, sino que realmente el secuestrado se da cuenta de que su captor ha hecho aquello porque no le quedaba otra alternativa. Es cuestión de supervivencia. O simplemente es por una causa claramente justa. En este caso, ya no es Síndrome de Estocolmo sino, reconocimiento de causa, que es distinto. Y esto era lo que le ocurría a Jero. En cierta forma le caía bien Alva, después de todo, no lo había tratado tan mal.

-Estos últimos días han sido un infierno- comenzó a decir Alva -Creo que tu actitud es el único golpe de suerte que he tenido desde hace una semana. Gracias. Hace ahora una semana justa, el miércoles pasado, fue cuando yo empezaba a notar cosas raras. A raíz de entonces no he parado de correr de un lado para otro. Para empezar te diré que soy madrileño, bueno a decir verdad nací en Las Rozas. Hace diez años me casé y me fui a vivir a Madrid, a Vicálvaro, si has ido por Madrid conocerás esta zona aunque solo sea de oídas. Allí tengo un negocio próspero y goza de cierta antigüedad y experiencia con su cartera de clientes, etc. Actualmente estamos en una nave en el polígono que hay a las afueras de la ciudad. Las cosas, he de reconocerlo, van bastante bien.

-Pero cuál es la actividad de la empresa- preguntó Jero bastante interesado y con muchas ganas de poder mascar aquella historia que prometía, seguro, un libro si hubiera sido escritor.

-Bueno, la empresa comenzó con el tema del reciclaje de aluminio. Me di cuenta a tiempo, por suerte, de que este mercado no estaba apenas explotado y empecé recogiendo latas de bebida y cualquier cosa de aluminio en unos contenedores que diseñé a propósito, de cartón, más baratos, ya sabes... los principios son muy difíciles. Los distribuí por todas las empresas que quisieron tenerlos por tan solo mil pesetas (seis euros ahora), por contenedor. Cuando se llenaba nos llamaban y nosotros íbamos, los recogíamos, dejábamos otro vacío y nuevo y los almacenábamos en una planta baja adecuadamente acondicionada para ello. Cuando había una cantidad considerable, contratábamos un camión y lo llevábamos a una planta de reciclaje de aluminio que está en Madrid. Éramos tres personas. Contraté a un par de estudiantes para que me ayudaran y así, de paso, estos se ganaban un dinero que por lo menos para las drogas y las cervezas del fin de semana sí que llegaba.

La idea tuvo bastante éxito y cada vez era mayor el número de clientes que se asociaban y querían contribuir al mantenimiento de la vida sana. Llegó un momento en el que la empresa estaba ganando bastante dinero, fue en esta época precisamente cuando me casé con Sofía. De hecho empezamos a vivir en un chalet con parcela propia y bastante bien acondicionada (garaje, piscina, leñera, etc.), que pagamos al contado, por no hablar del Audi A4 azul metalizado que también pagamos al contado, eso sí, a nombre de la empresa. Me va muy bien y la verdad es que las

complicaciones y quebraderos de cabeza no eran demasiados, cuando hay dinero, los problemas puedes pasárselos a otro y que este los resuelva por ti. Capitalismo, lo reconozco.

Hace un par de meses, más o menos, un hombre bastante elegante y de aspecto sur americano entró en mi despacho, que está en la nave que te he comentado antes. Empezó a hacerme una serie de preguntas sobre la empresa que no me hicieron mucha gracia, sobre todo porque todavía no se había identificado exactamente y como comprenderás no voy a desvelar secretos o confidencialidades de mi empresa a nadie, a menos que tenga la obligación o la confianza. Perfectamente podía ser uno de estos señores que van estudiando a las empresas, bueno, y particulares, pero sobre todo a las empresas que son de las que más se puede sacar, a menos que el particular sea una persona de interés público. Podía haber sido uno de estos personajes, inspectores de Hacienda que se les llama para no ofenderles, puesto que si lo haces considérate crucificado.

-Sí, te entiendo. Crees que estás trabajando para vivir y disfrutar. Al cabo de cierto tiempo te das cuenta de que eso no es así, que trabajas para pagarles a ellos y a unos cuantos más.- Comentó Jero como demostrando su total interés por la historia que estaba detallando Alva.

-Bueno, pues... ojalá aquel hombre hubiera sido un inspector de hacienda. Habría regalado algún millón que otro. Aunque no lo tuviera. Lo habría conseguido de una forma u otra. Cuando ya me harté de su interrogatorio y su simpatía fingida, me empecé a poner un poco furioso y a insinuarle que se marchara, a lo que él hacía caso omiso. Entonces decidí ir al grano y le pedí claramente que hiciera el favor de marcharse, que tenía mucho trabajo. Fue entonces cuando este arrastró la silla de ruedas en la que estaba sentado, hasta la mesa, y apoyando los dos antebrazos en la misma, con la mano izquierda sobre la derecha, se inclinó hacia mí y dijo: "pertenezco a una organización que mira por la seguridad de su empresa. Me entiendes ¿verdad?".

Yo le contesté que sí, que sabía lo que era, estaba claro... una organización de extorsionadores, asesinos, etc., en busca de objetivos económicos y control territorial. La verdad es que me acobardé un poco. Esta gente no juega con nadie. No tienen escrúpulos.

-Vengo para ver si Ud. estaría dispuesto a pagar por la seguridad de su empresa e incluso por la suya propia, nunca se sabe.- Me dijo después de la sorprendente presentación. Como es lógico le hice las preguntas del millón, en fin, que me confesara sin rodeos lo que había venido a buscar (después de todo aun me quedaba alguna esperanza de que no fuese la mafia, y sí un militante cualquiera, de cualquier otro grupo vandálico que lo que quiere es que le des algún dinerillo para costearse ciertas armas y así ir saliendo del paso con pequeños atracos y simples robos a mano

armada). Por desgracia confirmó mis sospechas. Fue cuando empezó a correr por todo mi cuerpo, ese sudor frío que te viene cuando tienes un apuro y no sabes por donde salir.

Me dijo que la entrada en sistema era con 18.000 euros. Lo que me inundó la mente no fue la cifra que salió de sus labios, que no era ninguna tontería, sino en lo que emplearían ese dinero, y me venían a la cabeza palabras como secuestro, asesinato, armas, extorsión (lo que yo estaba sufriendo en aquellos instantes), y muchas más cosas que seguro que no hace falta que te las diga. Me imagino que sabes de qué te estoy hablando. En efecto no se trataba de la mafia pero casi, estábamos hablando de un grupo criminal sur americano implantado en España.

-Sí, lo sé. No por experiencia propia pero sí, lo sé. España se está llenando de este tipo de cosas. ¿Y qué le dijiste?

-Bueno, mi primera reacción no fue negarme rotundamente. No quería que me vieran como un fanfarrón que se enfrenta a cualquiera, pero tampoco como un conformista que pasa por donde tú quieras. Si te digo la verdad, el dinero no es que me importe demasiado si va a servir para mi bienestar, ahora, de ahí a tener que pagar todos los meses, va un abismo y eso sí que no estoy dispuesto a consentirlo. Yo solo quiero vivir tranquilo con mi familia, mi empresa y disfrutando de la paz que parece que no quiere llegar pero que al menos, en algún rincón de tu casa, en algún momento del día sí que puedes conseguir. Aunque se está haciendo de rogar. En fin, le dije que en realidad no era un buen momento, que la empresa estaba pasando por una situación que requería muchos pagos y que iba a necesitar de todo el capital que disponía para hacer frente a los dos meses que seguían. A él, eso no pareció importarle. Era como si supiera de sobra la situación de la empresa y que podía perfectamente ceder ese dinero sin tener ningún tipo de complicación.

-Esta gente es que no da ni un paso en falso. Lo estudian todo de cabo a rabo. Se tiran semanas e incluso meses en algunas ocasiones, estudiando a una persona, empresa o lo que sea, anotando hasta el último detalle. P